

Elementos fantásticos en la narrativa de Ernesto Sábato

Pablo Sánchez López
Universidad de las Américas

La narrativa fantástica rioplatense ha sido profusamente estudiada, pero ha llamado poco la atención de la crítica el esfuerzo de un escritor como Ernesto Sábato¹ por superar los modelos literarios realistas introduciendo elementos que podemos considerar fantásticos o, como mínimo, problemáticos en su relación con nuestra realidad.² Es cierto que Sábato, en algunos de sus textos ensayísticos, ha criticado la trivialidad que él percibe en el relato fantástico³ y ha mostrado una particular insistencia en relativizar el mérito de los más famosos cuentos borgeanos,⁴ pero no cabe duda de que hay que concederle un

¹ El novelista argentino renunció a la tilde de su apellido hace ya bastantes años y publica actualmente sus obras como Ernesto Sabato. La decisión es sin duda respetable pero contribuye a crear cierta confusión onomástica entre la crítica, sobre todo si tenemos en cuenta la presencia del personaje Sabato en *Abaddón el exterminador*. Creo que lo más clarificador puede ser, al menos en este artículo, mantener la tilde para el nombre del autor empírico, lo que evitaría la proliferación de notas y paréntesis a la hora de estudiar *Abaddón*.

² Los límites de esta investigación impiden una definición extensa y rigurosa del marco teórico sobre el género fantástico. Con todo, quizá valga la pena señalar brevemente que la base teórica parte del esquema todoroviano, aunque desde una perspectiva flexible que reconozca la condición aún problemática del género y la complementariedad de otras aportaciones teóricas.

³ En *El escritor y sus fantasmas*, Sábato critica la superficial intriga del género fantástico, al que «se opone el apasionado interés que suscita la complicación problemática del ser humano, ese ser que se debate en medio de una tremenda crisis», por lo que «el trivial misterio de la novela policial o del relato fantástico es reemplazado aquí por el misterio esencial de la existencia, por la dualidad del espíritu y por la opacidad que inevitablemente tienen los seres vivientes» (1996: 274).

⁴ Véase «Los dos Borges» en *El escritor y sus fantasmas*.

lugar entre los novelistas latinoamericanos más preocupados por presentar una realidad novelesca insólita, compleja y no siempre explicable por criterios lógicos o científicos.

Bastaría un rápido repaso a su trayectoria para confirmar, además, que las facetas misteriosas y contradictorias de lo real van ganando peso a medida que el escritor se vuelve más consciente de la unidad de su proyecto literario. La trayectoria narrativa de Sábato empieza con una novela, *El túnel*, de corte existencialista y básicamente realista en los aspectos cronotópicos, aunque con un claro énfasis en la arbitrariedad psicológica de los protagonistas. Sin embargo, *Sobre héroes y tumbas*, su siguiente novela, ya incluye un relato en segundo grado, el famoso «Informe sobre ciegos», en el que encontramos una muestra de desarticulación de la objetividad realista en el discurso alucinatorio de Fernando Vidal Olmos, que evoca en muchos sentidos el surrealismo que Sábato conoció en los años treinta, durante su estancia en París. El «Informe sobre ciegos» aspira a ser una investigación sobre la singularidad paradójica e irracional de la conciencia humana⁵ y presenta más de una transgresión de las leyes naturales, aunque estas transgresiones tienen, en principio, su justificación racional en la paranoia del protagonista, anunciada en la «Noticia preliminar» que abre la novela y confirmada, por ejemplo, en el relato de otro de los protagonistas de la obra, Bruno Bassán.

No obstante, Sábato encuentra en la locura de su personaje múltiples posibilidades simbólicas y metafísicas que decide seguir explorando en su tercera novela, aun a riesgo de caer en la reiteración y en la confusión. La principal novedad es la inclusión como personaje

⁵ Tal vez no está de más reproducir la lectura que el propio Sábato ha hecho de su texto: «Con respecto al 'Informe sobre ciegos', infinitamente me han preguntado qué quise decir. No lo sé, si le damos a este verbo su sentido estricto, porque surgió de mi inconsciencia de modo irresistible y, como ya dije, a estos mensajes hay que obedecerlos ciegamente, ya que tiene la verdad de un sueño, pues de un sueño se puede decir cualquier cosa menos que sea falso. Inútil repetir, sin embargo, que es absurdo y primario darle a ese monólogo un sentido literal sobre la vida de los hombres incapaces de ver, ya que nadie en su sano juicio puede suponer que viven en las cloacas de Buenos Aires. El relato comienza en forma naturalista —con mención de calles conocidas, de personajes públicos y notorios, con cafés y parques perfectamente identificables— para ir derivando paulatinamente hacia lo sobrenatural» (1983: 230).

de un novelista llamado Ernesto Sabato. De ese modo, *Abaddón el exterminador* supone una intensificación hipertextual de técnicas y temas de sus textos anteriores, con lo que la fantasía onírica y patológica de Fernando Vidal se reitera y amplía, a lo que hay que sumar que reaparecen personajes de sus dos novelas anteriores.

Desde esta perspectiva, podemos considerar que la trilogía narrativa de Sábato acentúa progresivamente el desafío a las normas del realismo y a la comprensión objetiva y racional de nuestro mundo real. En ese descrédito del realismo tienen una importancia central los elementos sobrenaturales y más exactamente, su aceptación y normalización, como base de una poética y una cosmovisión que el novelista argentino defiende tenaz y explícitamente (también en ensayos como *El escritor y sus fantasmas*). En especial nos interesa, por tanto, examinar el significativo paso que da Sábato desde la alucinación del «Informe sobre ciegos» hasta la aceptación de lo sobrenatural que detectamos en *Abaddón el exterminador* (novela con la que además el escritor culmina premeditadamente su carrera novelística para optar en adelante por el silencio creativo y la inhibición).

Hay dos factores decisivos que contribuyen a explicar esa progresión hacia lo sobrenatural, al margen de algunos otros ya considerados por la crítica, como la influencia de Jung o la del pensamiento gnóstico. Por un lado, hay que recordar la perseverante crítica del racionalismo que Sábato, físico que renunció prematuramente a su carrera científica y que llegó a enunciar una teoría sobre termodinámica,⁶ desarrolla desde sus primeros ensayos, especialmente en

⁶ El propio Sábato ha repetido mecánicamente la historia de su ruptura con el mundo científico, que le costó incomprendiones y desprecios. El profesor Guido Beck trató de convencerle de que terminara la investigación que estaba desarrollando y ése ha sido el legado de Sábato a la ciencia. Apuntaremos brevemente la importancia que el novelista atribuye a este legado. El planteamiento teórico («en el que creía seriamente», dice) consistía en demostrar que la fundamentación de la termodinámica era equivocada, que «es imposible enunciar el Segundo Principio después del Primero, pues, en rigor, el Segundo Principio es el primordial». El Primer Principio al que se refiere Sábato es el Principio de Conservación de la Energía; el Segundo «nos dice que la Energía total del universo es cada vez más incapaz de producir transformaciones»; es decir, «nos dice, en otras palabras, que el Universo marcha hacia su muerte térmica [...] Estaremos, finalmente, en un vasto y formidable Cementerio Cósmico». No es gratuito pensar en las implicaciones artísticas de esta investigación; el

Hombres y engranajes (1951), donde, auxiliado por pensadores cristianos como Marcel, Berdiaeff, Chestov y Mounier, plantea su resistencia a las lecturas nihilistas del existencialismo y reivindica su visión de la existencia humana como misterio que incita a la fe. En el ámbito sociopolítico, Sábato achaca a la ciencia y a la tecnología la deshumanización de la sociedad moderna y reclama un retorno a la espiritualidad que compense la intemperie moral del hombre contemporáneo.⁷ Esa crítica a las insuficiencias de la ciencia y a la civilización materialista se hace más severa en los años sesenta, puesto que el novelista argentino empieza a interesarse por el ocultismo y la parapsicología en una búsqueda muy aventurada de soluciones irracionalistas que tendrá, como veremos, importantes consecuencias en los elementos fantásticos de *Abaddón el exterminador*.

El segundo factor al que hacíamos referencia se deriva en realidad de este horizonte intelectual pero se concreta en la poética del novelista. En *Abaddón el exterminador* encontramos una significativa presencia de reflexiones metaliterarias (que a veces son citas textuales de sus propios ensayos) y un permanente intento de autolegitimación novelística a través, especialmente, del personaje de Ernesto Sabato. Por medio de esa voz pseudoautobiográfica, el autor empírico hace una toma de posición en el campo literario y una apología de su poética, basada en un concepto romántico y simbolista del poder visionario del escritor y en la convicción de que la novela tiene una mayor capacidad epistemológica con respecto al conocimiento racional, porque recupera el pensamiento mítico:

Suponer que la esencia de la realidad únicamente puede ser alcanzada por el pensamiento puro de los filósofos es, por otra parte, arrogancia de esa cultura racionalista que ha dominado a Occidente durante dos milenios. ¿Por qué han de

propio Sábato las destaca: «es fácil ver lo que esta teoría tiene de fascinante para las mentes literarias», al tiempo que recuerda la fascinación que Poe sintió por la termodinámica (visible en *Eureka*). La etapa científica de Sábato ofrece esta última curiosidad que, hasta cierto punto, denota cómo la fuerza «nocturna» de la inquietud metafísica está ya en tensión con el positivismo. Las palabras de Sábato vienen recogidas en Neyra (43 y 105-107).

⁷ Para una ampliación de estas cuestiones, remito a mi trabajo «*Hombres y engranajes*: la crítica del racionalismo en Ernesto Sabato».

ser ellos y no esos individuos duales como Leonardo? Si hasta los más grandes de esos pensadores tuvieron que recurrir al mito cuando trataron de alcanzar el Absoluto; Platón, al describir el movimiento dialéctico que lleva hasta las Ideas; Hegel, en el momento en que quiere hacer intuible el drama de la conciencia desdichada. Para no mencionar a los filósofos existencialistas, que se vieron forzados a completar sus tratados con dramas y novelas (1996: 412).⁸

Como veremos, estos dos puntos son de especial importancia para lo que aquí nos atañe, que es la delimitación de lo fantástico en la obra sabatiana y especialmente en *Abaddón el exterminador*. Recordemos que en esta novela el personaje Sabato repite en líneas generales la historia de Fernando Vidal —en lo que Genette (375 y ss.) llamaría un tipo de transdiegetización (la transposición heterodiegética)—, pero con una sustancial diferencia: Sabato no es víctima de una enajenación de tipo clínico, sino de su propia y voraz obsesión creadora. A través del discurso de este personaje, el autor busca claramente orientar al lector sobre la naturaleza extrarracional de la realidad y por tanto trata de deshacer cualquier posible ambigüedad sobre los datos sobrenaturales. En otras palabras: en una compleja pirueta metaliteraria e hipertextual, Sábado intenta convencer a su lector de que Fernando Vidal no era simplemente un paranoico, y que, por tanto, hay que aceptar la presencia de fuerzas irracionales y misterios a los que sólo el novelista o algunos individuos especialmente lúcidos tienen acceso. Con ello lo fantástico se vuelve «normal», aunque presente una versión demoníaca o terrible, y el propio protagonista lo termina aceptando sin vacilaciones.

Vamos a tratar de concretar más en esa compleja relación textual que se establece entre el «Informe sobre ciegos» y *Abaddón el exterminador*, y especialmente entre los personajes de Fernando Vidal y Ernesto Sabato, héroes fantásticos empeñados en conocer los estratos irracionales de la realidad. En el «Informe sobre ciegos»,⁹ los

⁸ «El desconocido da Vinci», en *Apologías y rechazos (Obra completa)*.

⁹ Tampoco podemos detenernos en la valoración, siquiera resumida, de la polisemia de este texto. La bibliografía sobre el «Informe...» es extensa y los enfoques han sido muy variados. Algunos trabajos destacables son los de Gálvez, Holzapfel, Petrea, Souza, Stephens y Vázquez-Bigi, y Wainerman, citados en la bibliografía.

elementos anormales o problemáticos aparecen después de que Fernando Vidal entra en la casa de Belgrano (capítulo XX), que es «un pasaje HACIA OTRA PARTE» (336, mayúsculas del autor) y actúa de límite separando dos espacios muy diferentes: el mundo cotidiano, físico, realista, la superficie de Buenos Aires, y el mundo onírico y fantástico de los túneles y pasadizos, por los que Fernando avanza hacia el cuartel de la Secta de los Ciegos, responsables del Mal en el mundo, en un viaje previo a la fusión orgánica con la Ciega, encarnación de las fuerzas instintivas y primarias del hombre. En sus sucesivos y caóticos movimientos, determinados por huidas y desmayos, Fernando Vidal se encuentra con improbables parajes subterráneos pero también con animales imposibles, como los pterodáctilos, y siente presencias como la del Anciano gigantesco con un solo ojo. Más adelante llega al páramo en el que encuentra un Ojo Fosforescente que le llama y ve una serie de enormes torres en forma poligonal que rodean la estatua de la Gran Deidad. La estatua tiene cuerpo de mujer, porque lo femenino —en el esquema arquetípico de Sábato— es el principio vital: tierra, madre, instinto. La entrada en el Ojo, donde Fernando se transforma en pez, supone el ascenso final hacia el destino, lo que le lleva a perder una vez más el conocimiento.¹⁰

El nuevo despertar será otra vez en el cuarto de la Ciega (cap. XXXVII). Fernando siente la llamada lúbrica de la Ciega y se deja llevar por la pasión, para concluir su aventura con la entrega total al instinto. Esa entrega le permite superar los límites del tiempo y alcanzar otro tipo de percepción de la realidad: «luego perdí el sentido de lo cotidiano, el recuerdo de mi vida real y la conciencia que establece las grandes y decisivas divisiones en que el hombre debe vivir: el cielo y el infierno, el bien y el mal, la carne y el espíritu. Y también el

¹⁰ Según Holzapfel, «la metamorfosis de Fernando representa un desandar del tiempo por el hombre moderno, angustiado y anhelante del infinito para encontrarse con su destino y descubrir en un pasado misterioso y lejano un crimen que lo ha alienado permanentemente de Dios» (115).

tiempo y la eternidad; porque lo ignoro, y nunca lo sabré, cuánto duró aquel ayuntamiento, pues en aquel antro no había ni día ni noche, todo fue una sola pero infinita jornada» (1990: 401, 402). Para la mayoría de la crítica, la Ciega es su hija Alejandra, y la pasión destructiva es el incesto. Sólo Holzapfel (155) cree que la Ciega representa el arquetipo de la madre, de acuerdo con una interpretación psicoanalítica.

En el «Informe sobre ciegos» ya está presente la visión extrarracionalista del mundo como resultado de la inmersión en la subjetividad más incontrolable, pero el propio Fernando Vidal vacila en ocasiones sobre sus experiencias, sobre la verdadera realidad en la que se encuentra en cada momento. Cuando despierta en el departamento de Villa Devoto, duda acerca de su entrada en el Ojo Fosforescente, e incluso duda de que toda su experiencia no sea más que una pesadilla. El personaje, en tanto que narrador, no está seguro de si sus visiones son producto de algún sueño o de algún poder mágico, lo que le conduce, en el tiempo de la escritura, a dudar de todo su pasado, contagiando la vacilación al lector, que únicamente posee esta fuente de información:

[...] a partir de ese instante ya no sé discernir entre lo que sucedió y lo que soñé o me hicieron soñar, hasta el punto que de nada estoy seguro; ni siquiera de lo que creo que pasó en los años y hasta en los días precedentes. Y hasta dudaría hoy del episodio de Iglesias si no me constase que perdió la vista en un accidente al que yo asistí (1990: 390).

Por un lado, el «Informe...» se aproxima a lo maravilloso, al presentar una imagen lúcida y nueva del mundo, que conecta no sólo con el surrealismo sino también con algunos autores predilectos de Sábato, como Blake o Lautréamont. Pero igualmente se aproxima a lo extraño, porque hay una coartada de acuerdo con las leyes de nuestro mundo empírico. Con esto llegamos al núcleo de la primera tentativa de poética fantástica en Sábato: la ambigüedad se produce porque la locura es una forma superior de conocimiento, de penetración en las condiciones últimas de la realidad, en el fondo instintivo y transhistórico del ser humano, donde se encuentra su potencial destructivo. Lo fantástico es una parte de la realidad: la parte más importante, porque en ella

está el origen irracional del hombre y de su libertad incluso para ejercer el Mal, que es lo que más preocupa a Fernando Vidal.

¿Cómo se completa en *Abaddón...* esa exploración por los límites de la realidad? A través de la mitificación del escritor como visionario que es víctima de inexplicables potencias tenebrosas (la Secta de los Ciegos, de nuevo) y que finalmente es castigado por revelar, por medio de la palabra literaria, los secretos irracionales y demoníacos de la existencia. Para destacar inequívocamente esa capacidad visionaria del escritor, Sábato refuerza su discurso con variadas reflexiones en torno a las limitaciones del conocimiento racional. Así, encontramos una gama de posibilidades cognoscitivas encarnadas en diversos personajes, aunque nunca dejan de ser aproximaciones fragmentarias al sentido irracional de la existencia, porque la imagen integral sólo es accesible al escritor. Algunas de esas voces son incuestionablemente ridículas, como el doctor Aronoff, espiritista que representa la superchería más evidente; otros, como Jorge Ledesma, son metafísicos enigmáticos también tentados por el irracionalismo, y otros como el doctor Gandulfo y el ocultista Molinelli, son voceros algo grotescos de lo sobrenatural, que, sin embargo, inquietan al supersticioso protagonista de la novela, Sabato. Y aún podríamos sumar al extraño ingeniero que defiende la idea de que nuestra existencia terrenal *ya* es el infierno al que estamos condenados por toda la eternidad (83), así como al profético Natalicio Barragán, que ya apareció en *Sobre héroes y tumbas*. Frente a este conjunto de voces que defienden, con más o menos argumentos, la primacía del ocultismo y la aceptación de lo sobrenatural, se opone tímidamente el Dr. Arrambide, ridiculizado por el narrador como un «Descartes de bolsillo» y ejemplo de racionalista dogmático e inflexible, al que podríamos asociar con otro racionalista de la obra, el obtuso marxista Araujo.

La constante polémica dialogística con el racionalismo contribuye a dotar de significado a los seres enigmáticos y presuntamente diabólicos que aparecen en la novela y que intentan obstaculizar el arduo proceso creativo del escritor Sabato. Schneider y Schnitzler parecen ser agentes de la Secta (aunque ningún dato lo confirme), pero no son los principales agentes del Mal: destacan especialmente R. y Soledad, que representan las fuerzas, inexplicables racionalmente,

que determinaron la trayectoria de Sabato como escritor y su abandono de la actividad científica. En 1927, bajo la cripta de la iglesia de Belgrano, Sabato, de la mano de Soledad, se encuentra con R., encarnación demoniaca de la faceta oscura e irracional de su personalidad. En 1973, Sabato repite ese descenso a los infiernos, equiparándose con Fernando Vidal una vez más. Pero en la existencia del personaje también hay otros acontecimientos enigmáticos. Por ejemplo, cuando se encuentra por azar (25) en la calle Alejandro Danel de Buenos Aires justo tras haber corregido la parte de *Sobre héroes y tumbas* en que Danel descarna el cadáver de Lavalle. Del mismo modo, las publicaciones de sus anteriores novelas estuvieron acompañadas de signos inquietantes que se repiten a finales de 1972, cuando Sabato planea su tercera novela. Después de la publicación de la segunda novela, Sabato sufre «años de tortura»:

Qué fuerzas obraron sobre mí, no se lo puedo explicar con exactitud; pero sin duda provenientes de ese territorio que gobiernan los Ciegos, y que durante estos diez años convirtieron mi existencia en un infierno, al que tuve que entregarme atado de pies y manos, cada día, al despertar, como en una pesadilla al revés, sentida y aguantada con la lucidez del que está plenamente despierto y con la desesperación del que sabe que nada puede hacer para evitarlo (1992: 19).

Tales sucesos (y otros muchos, como los indicios apocalípticos que Sabato, gracias a Molinelli, descubre en los experimentos parisinos sobre la fisión atómica) cobran sentido sobrenatural en la relación con esa desconfianza permanente, de sentido religioso, hacia las formas del racionalismo. Por ello, el interés de Sábato-autor empírico por el ocultismo en los años anteriores a la publicación de *Abaddón el exterminador* tiene también su importancia en ese plan general de desafío a la ciencia. En el capítulo «Seguía su mala suerte, era evidente» reproduce casi en los mismos términos su extraño (por calificarlo generosamente) artículo «Una teoría sobre la predicción del porvenir»,¹¹ donde a partir de curiosidades como el accidente, en

¹¹ Publicado originalmente en el volumen de diversos autores *Las ciencias ocultas*. Buenos Aires: Merlín, 1967, y reproducido en *Obras: ensayos* (1970).

los años del surrealismo, del pintor Víctor Brauner (accidente que tanto interesó también a Juan Larrea),¹² Sábato elabora una teoría sobre la separación entre cuerpo y alma y las posibilidades de la precognición.

Sábato confiesa en el inicio del artículo que es una cuestión que desde unos años antes le preocupa de forma creciente, aunque se remonta a experiencias personales incluso de la infancia. El autor empieza planteando la existencia de «fenómenos auténticamente prescientes» y escoge el accidente de Brauner, cuando Óscar Domínguez le arrancó un ojo al arrojar un vaso a otra persona que se apartó en el momento preciso. La curiosidad de la anécdota estriba en que Brauner estaba obsesionado por la ceguera e incluso había pintado un autorretrato en el que aparecía con un ojo pinchado. La historia se ha convertido en una obsesión para Sábato: aparece mencionada en el «Informe sobre ciegos» y en *Abaddón...*, y se ha convertido, para él, en una prueba parapsicológica. Atribuir esos hechos «a un conjunto de coincidencias es sólo deseo de negar la auténtica explicación: el instinto premonitorio del artista, la visión profética que suele darse en instantes excepcionales» (893). Su apoyo a esta teoría son otros casos de premonición, «claramente documentados»: uno se refiere al hundimiento del *Titanic*, otro es una predicción realizada en 1874, otro es el asesinato de un primer ministro británico, a principios del siglo XIX, que había sido soñado nueve días antes por un tal John Williams. De estos casos, Sábato extrae una teoría parapsicológica sobre la precognición, basada en la hipótesis de que en los sueños el alma podría separarse de la «prisión corporal» y desprenderse de las categorías de la materia que rigen el cuerpo: «y al colocarse en esa especie de cielo intemporal, donde no hay ni antes ni después, puede contemplar en un puro presente los hechos que más tarde acontecerán

¹² Para Larrea, el accidente de Brauner «rinda tributo al afán superador del surrealismo, simbolizando el logro de la Videncia por resolución de la vetusta antinomia Dios y hombre» y «descorre los velos en torno a la formación y significado de los mitos y su naturalidad histórica, proporcionando una clave para revolucionar el estado de conciencia del gran período anterior aboliendo sus barreras represivas» (73, 74).

a su cuerpo abandonado, como estatuas de la Felicidad, o lo que es más frecuente, del infortunio» (902, 903).

La inclusión de esta hipótesis en la ficción de *Abaddón...* sirve para apoyar la aceptación de lo sobrenatural y reforzar las tesis en el fondo religiosas de Sábato sobre el origen del Mal. Sin embargo, la importancia del tema ocultista no se limita únicamente a esta arriesgada teoría. Por ejemplo, el fenómeno del nazismo también es interpretado en *Abaddón...* desde una perspectiva sobrenatural. Por encima de la ideología y de la política, el nazismo representa el poder demoníaco en la Tierra. Sabato explica (68) que la presencia inquietante de Schneider le llevó a estudiar la importancia de las logias y sectas secretas en la Alemania nazi, y muy especialmente a personajes como el general Haushofer o Rudolf Hess. Su conclusión es que Hitler era el médium del general Haushofer, que a su vez era un verdadero instrumento del Demonio. Schneider, como Mengele o Eichmann, podría ser así un seguidor de alguna de las sectas nazis dispersas tras el final de la Segunda Guerra Mundial.¹³ Gracias a Salvador Bacarisse (202), conocemos la fuente de estos comentarios de Sabato: se trata *Le matin des magiciens*, obra de Louis Pauwels y Jacques Bergier,¹⁴ en la que se encuentra esta curiosa interpretación de la figura de Hitler.

Una lectura atenta de la obra de Pauwels y Bergier confirma que se trata de un trabajo valioso para la interpretación de *Abaddón el exterminador*, especialmente si lo enlazamos con la problemática sobre la ciencia, la razón y los límites de la realidad.¹⁵ *El retorno de los brujos* es un curioso examen (lleno de citas de literatura fantástica, incluso de Borges) de los aspectos fantásticos de la realidad: alquimia,

¹³ La presencia de Eichmann en Argentina provocó en 1961 un artículo de Sábato («Soberanía para carniceros») en el que defendía el deseo de justicia del pueblo judío, aunque supusiera la violación de la soberanía argentina: «[...] aquí está en juego otra soberanía, y es la del ser humano, el supremo derecho a la justicia cuando hay de por medio la masacre y la tortura de un pueblo» (1996: 649).

¹⁴ París: Gallimard, 1960. La traducción española, *El retorno de los brujos*, aparece en 1962. Barcelona: Plaza y Janés. Citamos por la décima edición de 1980.

¹⁵ Otra casualidad significativa: dos fragmentos de *Le matin des magiciens* son citados en *Rayuela*, y su lectura es atribuida a Morelli (capítulo 86).

hechicería, mitología, sociedades secretas de sabios, mutaciones de la especie humana, incluso civilizaciones extraterrestres. Pauwels y Bergier defendían, con su «realismo fantástico», la conveniencia de abrir las puertas del conocimiento superando la visión positivista y cartesiana propia del siglo XIX:

En la Naturaleza se produce la transmutación de los elementos: el radio se convierte en helio y plomo. El Templo de la Certidumbre se hunde. ¡El mundo ya no sigue el juego de la razón! ¿Será todo posible? De un solo golpe, los que saben, o creían saber, dejan de separar lo físico de lo metafísico, lo comprobado y lo soñado. Los pilares del Templo se esfuman, los sacerdotes de Descartes se vuelven locos. Si el principio de la conservación de la energía es falso, ¿qué impide que el médium fabrique un ectoplasma partiendo de la nada? Si las ondas magnéticas atraviesan la Tierra, ¿por qué no puede viajar un pensamiento? Si todos los cuerpos emiten fuerzas invisibles, ¿por qué no pueden emitir un cuerpo astral? Si existe una cuarta dimensión, ¿será ésta el dominio de los espíritus? (48, 49)

Podemos considerar que existe una sintonía entre las propuestas fantasiosas de Pauwels y Bergier y la evolución de Sábato, especialmente en sus aproximaciones al ocultismo. No hay pruebas de que Sábato suscriba todas las especulaciones (a menudo insensatas) de los autores de *El retorno de los brujos*, pero sí es indiscutible que incorpora esa imagen del mundo a la confluencia de discursos que tenemos en *Abaddón el exterminador*. No de otro modo se puede explicar que Sábato copie a Pauwels y Bergier¹⁶ en la cuestión del nazismo. Estos autores habían insistido en que el nazismo sólo era explicable de acuerdo con factores misteriosos, porque supuso el enfrentamiento entre la civilización humanista europea y otra civilización luciferina y mágica, en la que Hitler creía (Pauwels y Bergier: 406 y ss.). El poema, que Sábato reproduce en *Abaddón* (70), del hijo de Haushofer también

¹⁶ Compárese *Abaddón* (71) con este fragmento de Pauwels y Bergier: «El ocultismo enseña que, después de haber atraído las fuerzas ocultas por medio de un pacto, los miembros del grupo no pueden evocar estas fuerzas más que por mediación de un mago, el cual no puede actuar sin un médium. Todo ocurre como si Hitler hubiese sido el médium y Haushoffer el mago» (428).

había aparecido en *El retorno de los brujos* (437), aunque la interpretación de ese poema que realiza Sábato parece original.

No hace falta insistir en que el énfasis ocultista encubre la hostilidad de Sábato hacia cualquier explicación sociopolítica —especialmente las más imbuidas de marxismo— de los grandes procesos históricos. El espiritualismo religioso que caracteriza la cosmovisión de Sábato tiene, además, una clara complicidad con su poética irracionalista, opuesta muy especialmente a la de algunos escritores de izquierdas de la nueva narrativa latinoamericana (como demuestran las burlas del personaje Quique hacia Cortázar). Con ello los acontecimientos fantásticos que afectan a la historia del personaje Sabato se resuelven en una síntesis sobre el sentido último de la existencia y el sentido último de la actividad literaria. Y la mejor prueba de esa síntesis es el más importante acontecimiento fantástico de la obra: la metamorfosis final del escritor.

El resultado de la aventura subterránea de Sabato es el simbólico castigo por haber penetrado en los secretos del universo de las tinieblas, es decir, por haberse adentrado en la parcela irracional de la conciencia humana. Ese castigo es la transformación en murciélago, transformación que nadie más percibe y que confirma el destino trágico, de soledad y locura, del escritor. El modo como había descrito el narrador los murciélagos en el capítulo «El ascenso» aporta una clave interpretativa: los murciélagos son «mensajeros de las deidades tenebrosas». Sabato se convierte, así, en un mensajero más de estas deidades.

Como Fernando Vidal en la última fase de su viaje a los infiernos, Sabato experimenta la identificación con las fuerzas irracionales: «Su vista había comenzado a debilitarse y entonces tuvo la repentina convicción de que ese debilitamiento no era un fenómeno pasajero ni producto de su emoción, sino que avanzaría paulatinamente hasta llegar a la ceguera total. Así fue: en pocos segundos más, aunque esos segundos le parecieron siglos de catástrofes y pesadillas, sus ojos llegaron a la absoluta negrura» (1992: 436). La transformación monstruosa de Sabato culmina en un grito de socorro, pero nadie percibe la alteración fisiológica, y Sabato asume que ha de continuar en el cuerpo de la rata alada, soportando el horror de convertirse en el objeto de su

máximo temor: «Y decidió tratar de vivir de cualquier manera, guardando su secreto, aun en condiciones tan horrendas» (436).

La transformación de Sabato ha provocado variadas lecturas de la crítica que se ha enfrentado a esta compleja parte de los contenidos de la novela. Petrea (177) opina que la metamorfosis confirma la creencia de que el hombre puede significar la unidad de lo racional y la irracionalidad. Sin embargo, esta opinión se contrapone a la evidencia de que la unidad de Sabato no es satisfactoria, puesto que aumenta su incomunicación y disgrega su personalidad. Roberts (66), más acertada en este punto, apunta que la metamorfosis representa el sacrificio del yo en el proceso creador y es el castigo que padece el autor que desciende a las profundidades de la noche en busca de lo absoluto.

Creo que es posible perfeccionar esta conclusión si nos atenemos a la evolución intelectual y literaria de Sábato y a la radicalización, por la vía del ocultismo, de su crítica del racionalismo. La historia de Sabato ejemplifica el riesgo psicológico que implica el proceso de la creación y la imposibilidad del novelista para liberarse de su propia exigencia de conocimiento sobre los problemas metafísicos. El artista es víctima de su destino y es forzado al tormento que supone tantear en la oscuridad de lo irracional, donde las leyes de la razón y la lógica no son suficientes. La soledad monstruosa de Sabato sería su destino, que no puede evitar, «porque el deseo de vivir es así: incondicional e insaciable» (1992: 436). El desdoblamiento final reflejaría la dramática escisión entre el cuerpo y el alma y conectaría con las hipótesis de su teoría ocultista. El alma habría experimentado las visiones y pesadillas generadoras de la creatividad artística y se habría movido por territorios sobrenaturales para conocer las fuerzas trascendentales de la vida.

La hipótesis no se queda en el terreno de la ambigüedad, porque el novelista ha fomentado la lectura sobrenatural a lo largo del texto por medio de los discursos de los personajes y sus convicciones ocultistas. De hecho, no se trata únicamente de aceptar lo sobrenatural, sino de defender esa nueva manera de entender la realidad, incluso con sus innegables consecuencias religiosas e ideológicas. Por ese motivo, *Abaddón el exterminador* es un ejercicio de depuración de la propuesta onírica del «Informe sobre ciegos», reduciendo su posible ambigüedad y confirmando el tránsito hacia lo maravilloso (es decir, hacia un cierto

tipo de fe) que, en el terreno intelectual, vendría marcado por el interés de Sábato por el ocultismo. Pero la convicción de que los elementos sobrenaturales conviven en armonía con nuestro mundo aparente no basta para explicar la compleja tentativa de Sábato en esta novela. Hace falta un sujeto especial para ese conocimiento extrarracionalista, que no está al alcance de cualquiera. Y aquí entra la apología que Sábato hace de su posición en el campo literario, sin la cual no quedaría completa la particular coherencia de este escritor en su última obra. La vocación metafísica del autor y su defensa de un modelo de creación novelística son los móviles que determinan la presencia en su última novela de acontecimientos anómalos o inexplicables racionalmente, y orientan decisivamente al lector para que los asuma y entienda como parte de un mundo, el nuestro, más complejo y enigmático de lo que la ciencia ha podido plantear hasta la fecha.

Bibliografía

- Bacarisse, Salvador. «La cosmogonía gnóstica de Sábato: una interpretación de *Abaddón el exterminador*», en A. M. Vázquez-Bigi (ed.), *Épica dadora de eternidad. Sábato en la crítica americana y europea*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta, 1985, pp. 193-219.
- Gálvez, Marina. «Informe sobre ciegos (destino psicológico y biológico)», en *Anthropos* 55-56 (1985): 89-104.
- Genette, Gérard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Trad. Celia Fernández Prieto. Madrid: Taurus, 1989.
- Holzapfel, Tamara. «El Informe sobre ciegos o el optimismo de la voluntad», en Helmy F. Giacomani (ed.), *Homenaje a Ernesto Sábato. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Nueva York: Las Américas, 1973, pp. 143-155.
- Larrea, Juan. *Del surrealismo a Machupicchu*. México: Joaquín Mortiz, 1967.
- Neyra, Joaquín. *Ernesto Sábato*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación, 1973.
- Pauwels, Louis, y Jacques Bergier. *El retorno de los brujos*. 10a. ed. Trad. J. Ferrer Aleu. Barcelona: Plaza y Janés, 1980.
- Petrea, Mariana D. *Ernesto Sábato: la Nada y la metafísica de la esperanza*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1986.
- Sábato, Ernesto. «Una teoría sobre la predicción del porvenir», en *Obras: ensayos*. Buenos Aires: Losada, 1970, pp. 893-906.
- _____. *Páginas de Ernesto Sábato seleccionadas por el autor*. Buenos Aires: Celtia, 1983.
- _____. *Sobre héroes y tumbas*. 5a. ed. Barcelona: Seix Barral, 1990.
- _____. *Abaddón el exterminador*. 4a. ed. Barcelona: Seix Barral, 1992.
- _____. *El escritor y sus fantasmas y Apologías y rechazos*, en *Obra completa. Ensayos*. Buenos Aires: Seix Barral, 1996.
- Sánchez López, Pablo. «Hombres y engranajes: la crítica del racionalismo en Ernesto Sabato», en *Bulletin Hispanique* (en prensa), 2003.

- Souza, Raymond D. «Fernando as a Hero in Sábato's *Sobre héroes y tumbas*». *Hispania* 55 (1972): 241-246.
- Stephens, Doris, y A.M. Vázquez-Bigi. «Lo arquetípico en la teoría y creación literaria sabatiana», en Helmy F. Giacomani (ed.), *Homenaje a Ernesto Sábato. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Nueva York: Las Américas, 1973, pp. 327-357.
- Wainerman, Luis. *Sábato y el misterio de los ciegos*. 2a. ed. Buenos Aires: Castañeda, 1978.